

La democracia en un mundo cambiante*

Chomsky, Noam

Noam Chomsky: Lingüista norteamericano. Profesor en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (USA).

Dentro de la concepción de los planificadores norteamericanos del moderno orden mundial posterior a 1945, el Tercer Mundo debía funcionar «como fuente de materias primas y como mercado». La más grande amenaza a este sistema eran los regímenes nacionalistas (y no la URSS o el comunismo) los cuales debían ser mantenidos a raya a través de medios flexibles pero democráticos, pero de fallar éstos «al populacho podría enseñársele algunas lecciones». El rol de EEUU como policía del sistema ha evolucionado desde su derrota en Vietnam

Con el fin de la guerra fría, el imperio soviético puede ser «latinoamericanizado» mientras EEUU legitima el uso de la fuerza haciéndolo, por ejemplo, a través de la ONU como sucedió en el golfo Pérsico. No obstante, con el ascenso económico de Europa y Japón, EEUU se vuelve hacia ellos para que paguen los esfuerzos al tiempo que emplea su poderío militar sin contrapeso para reforzar su relativa posición económica.

Versiones de la «democracia»

Si hemos de tratar este tema; debemos aclarar qué significa «democracia» y justamente de qué maneras el mundo ha cambiado. Al investigar estas cuestiones, descubrimos que los guardianes del orden mundial han tratado de establecer la democracia en un sentido del término al tiempo que lo bloquean en cualquier otro. Existen razones para creer que los temas dominantes de la historia moderna persisten bajo las cambiantes condiciones del actual período.

En una de las interpretaciones del término, una sociedad es democrática en cuanto que el pueblo puede jugar un papel significativo en la conducción de sus propios asuntos. Pero, a partir de la primera revolución democrática moderna, en la Ingla-

terra de mediados del siglo XVII, los grupos elitescos con frecuencia han considerado la democracia, así entendida, como una amenaza que es necesario superar y no una perspectiva a ser estimulada. El razonamiento es franco: no se puede confiar en el populacho - tal como quedó demostrado hace 350 años - por su indisposición a depositar sus asuntos en las manos de la clase alta y el ejército, quienes eran «verdaderamente el pueblo», aunque la gente en su estupidez no estuviera de acuerdo. A la masa del pueblo se le describía como «una ralea de bestias con forma de hombres». Puede que la retórica haya cambiado pero las concepciones se mantienen hasta el presente.

Dentro de la versión referida de democracia, al populacho se le debe impedir que interfiera con los asuntos serios. La idea básica fue lúcidamente articulada por Walter Lippmann, decano del periodismo norteamericano y teórico demócrata progresista altamente considerado: «al pueblo se le debe poner en su lugar», escribía, «de manera que nosotros podamos vivir libres del atropello y el estrépito del desordenado rebaño».

Lippmann distinguía dos roles políticos en la democracia moderna. Primero estaba el asignado a la «clase especializada», «los iniciados», «los hombres responsables» que tienen acceso a la información y a la comprensión. Estos «hombres públicos» son responsables de «la formación de una opinión pública sana». «Ellos inician, administran y arbitran» y deben ser protegidos de los «forasteros intrusos e ignorantes», el pueblo incompetente, de manera que puedan servir a lo que se denomina «el interés nacional» en la maraña de la mistificación tejida por las ciencias sociales académicas y el comentario político.

El segundo rol es «la tarea del pueblo» la cual es mucho más limitada. Al pueblo no le corresponde «emitir juicios» sino únicamente poner su fuerza a disposición de uno u otro grupo de «hombres responsables». El pueblo «no razona, investiga, inventa, persuade, negocia ni arbitra». Mas bien «actúa alineándose como un seguidor de alguien que está en situación de actuar ejecutivamente» una vez que éste le ha dado al asunto un enfoque sobrio y desinteresado. El rebaño desordenado, atropellado y estrepitoso «tiene su función», la cual es «ser espectador interesado en la acción», pero no participe. La participación es deber del «hombre responsable»

Estas ideas descritas como «filosofía política para la democracia liberal» tienen una inconfundible semejanza con el concepto leninista del partido de vanguardia, el

cual conduce a las masas hacia una vida mejor, que éstas no pueden concebir ni construir por su propia cuenta.

Los «hombres responsables» han de ser los administradores de las corporaciones, del Estado y de las instituciones ideológicas - todos estrechamente vinculados -. Por razones semejantes, en un Estado de democracia capitalista, la gama de alternativas operativas está estrechamente limitada por la concentración del poder decisonal en el nexo Estado-corporaciones, pero por razones de eficiencia, valores y creencias ésta debe estructurarse para que pocos se desvíen de este ámbito o siquiera tengan conciencia de éstas. Como lo explicaba Reinhold Niebuhr, el respetado moralista y pensador político, la minoría inteligente debe elucubrar las «ilusiones necesarias» y las «simplificaciones emocionalmente potentes» para mantener a los tontos e ingenuos en línea. Menos discutido, porque impacta más localmente, es que las mismas clases educadas deben ser profundamente adoctrinadas si éstas han de llevar a cabo su papel administrador.

«Democracia» y Tercer Mundo

Con algunas modificaciones, estos principios se aplican también al Tercer Mundo. Su población también tiene su «función» la cual no es tanto como la del rebaño desordenado de la metrópoli. Las modalidades de control también son diferentes: el terror y la violencia están disponibles en un grado que no es posible en el frente metropolitano.

Lo anterior de hallaba entre los principios de los planificadores del moderno orden mundial durante la década del 40. Dentro de este sistema global, el Tercer Mundo debía ser «explotado» para cubrir las necesidades de las sociedades capitalistas industrializadas y para «cumplir con su función principal como fuente de materias primas y como mercado». Los términos pertenecen al equipo de planificación de George Kennan del Departamento de Estado al referirse al Africa y al sudeste asiático, pero su aplicación es mucho más amplia. En América Latina - explicaba Kennan - «la protección de nuestros recursos» debe ser de la mayor preocupación al igual que en otras partes. Ya que la mayor amenaza a nuestros intereses es local - continuaba Kennan - debemos aceptar la necesidad de «represión policial de parte del gobierno local». En general, «es mejor tener un gobierno fuerte en el poder que un gobierno liberal si este es indulgente, abierto y penetrado por los comunistas». El término comunista es empleado aquí en su conocida acepción técnica para referirse a los dirigentes sindicales, activistas campesinos, curas que organizan grupos de autoasistencia y otros con ideas equivocadas.

Siguiendo el mismo criterio, las fuerzas legítimas en el Tercer Mundo son los elementos de la oligarquía, la comunidad empresarial y los militares, quienes comprenden y atienden las prioridades de EEUU. La función de la población es la de ser bestia de carga, la función de las élites es mantener a ésta bajo control. Si estas metas pueden alcanzarse mediante formas democráticas, resulta excelente y aun preferible, aunque sólo sea para los efectos propagandísticos. Si no es así, entonces habrá que encontrar otros medios, y en el ámbito del Tercer Mundo no es necesario andarse con delicadezas en cuanto a escoger los métodos. A la chusma se le puede enseñar lecciones de modales a través del terror de las bombas del tipo adelantado por Inglaterra en Irak hace setenta años, gas venenoso, como el autorizado en aquella época por Winston Churchill, alto funcionario de la Oficina de la Guerra, para emplearse contra «tribeños incivilizados», cuando recomendó que esto debería causar un «terror vivo» y condenó la «hipersensibilidad» de aquellos que cuestionaban la «aplicación de la ciencia occidental a la guerra moderna». Los escuadrones de la muerte, las desapariciones y otros expedientes de la doctrina de la seguridad nacional neonazi favorecidos por EEUU desde los años de Kennedy, suman y siguen a la manera acostumbrada.

Por supuesto que para el frente interno se requiere de una formulación diferente. Primero, el disfraz de la intervención debe ser la defensa propia, virtualmente una característica invariable de la política de Estado. Segundo, el uso de la violencia debe ser por motivos nobles, como ser, la libertad, la justicia, la paz mundial y la democracia. Pero, como todos los términos del discurso político, estos tienen sus significados orwellianos especiales elaborados para la ocasión. En realidad estamos inspirados por un «anhelo democrático», como nos lo dice el New York Times, pero «democracia» en el sentido adecuado.

La más grande amenaza a los intereses norteamericanos son los «regímenes nacionalistas» que respondan a las presiones populares en pos de un «inmediato mejoramiento de los bajos niveles de vida de las masas» y la diversificación de las economías. Semejantes iniciativas interfieren la «protección de nuestros recursos» y nuestros esfuerzos para estimular «un clima conducente para las inversiones privadas», el que debería permitir al capital extranjero «repatriar ganancias razonables». La amenaza del comunismo consiste en la transformación de las potencias comunistas «de manera tal de reducir su disposición y capacidad de complementar las economías industriales de Occidente». Esta es la verdadera base de la intensa hostilidad hacia la Unión Soviética y a su sistema imperial desde 1917 y la razón de por qué el nacionalismo independiente en el Tercer Mundo, cualquiera sea su color político, ha sido considerado como el «virus» que debe ser erradicado.

Hacia un «nuevo orden mundial»

Desde 1917, el uso de la fuerza ha sido presentado como defensa propia contra la amenaza soviética - incluyendo la intervención en la Rusia misma -. Antes de la revolución bolchevique se tomaron acciones similares pero por temor a otras amenazas. Cuando Woodrow Wilson invadió México e Hispaniola - donde sus soldados asesinaron y destruyeron; restablecieron una virtual esclavitud, demolieron el sistema político y pusieron a estos países firmemente en las manos de los inversionistas norteamericanos - las acciones se tomaron en defensa propia en contra de los hunos. En años anteriores, las invasiones e intervenciones fueron emprendidas para defenderse de Inglaterra y de los «enemigos de base canadiense» que ésta manipulaba, o era España o los «despiadados indios salvajes» de la Declaración de Independencia. Con la guerra fría ya desvaneciéndose, las intervenciones siguieron como antes. Durante el primer acto de agresión de la posguerra fría, EEUU invadió Panamá, matando a cientos (posiblemente a miles) de civiles para restaurar el gobierno del diez por ciento de élite blanca y para asegurar su control sobre la zona del canal. Ni siquiera la imaginación más fértil podría elucubrar una amenaza rusa, de manera que se cocinaron otros pretextos no menos risibles pero más apropiados para la ocasión. El embajador Thomas Pickering informó a las Naciones Unidas que EEUU interpreta la Carta como dándole derecho para usar la fuerza con el objeto de «defender nuestros intereses» - momentáneo rapto de sinceridad debidamente ignorado por los adherentes -.

Después de la primera guerra mundial se continuó con el patrón tradicional de intervención, pero con dos cambios fundamentales. Primero, los EEUU se unieron a Inglaterra y Francia como grandes protagonistas en la arena internacional. Y segundo, sus intervenciones fueron esta vez en defensa de la civilización misma en contra del desafío bolchevique.

El marco analítico elaborado después de la primera guerra mundial fue ampliado hacia ámbitos mayores durante la década del 40 cuando EEUU se convierte en la primera potencia global de la historia y se da a la tarea de construir un orden mundial según sus intereses. El capitalismo industrial debía reconstruirse bajo la dirección de Alemania y Japón pero ahora bajo control norteamericano. Dentro del marco general del internacionalismo liberal, se esperaba que las empresas norteamericanas prosperaran hallando amplias oportunidades para invertir y mercados para su superávit de producción. Expectativas que fueron ampliamente cumplidas. La función del Tercer Mundo ya la hemos discutido.

A partir de la década del 70, el sistema de la posguerra se ha estado desplazando hacia lo que ahora se denomina «nuevo orden mundial» sólo que éste tiene poca similitud con las elaboraciones de los ideólogos con sus encantadoras frases acerca de la paz, la justicia y la sacrosanta ley internacional. Si sólo se pudiera detener al nuevo Hitler de Bagdad antes que conquiste el mundo. Las formas fundamentales del verdadero nuevo orden mundial se hicieron visibles hace veinte años con el surgimiento de un «mundo tripolar» como una potencia económica que se extendía dentro de los dominios norteamericanos. El colapso de la tiranía soviética agrega varias nuevas dimensiones. Primero, existen ahora perspectivas para la latinoamericanización de gran parte del antiguo imperio soviético, es decir, para el retorno de América Latina a su tradicional estatus semicolonial, suministrando recursos, mano de obra barata, mercados, oportunidades para la inversión y otros atractivos tercermundistas. Este es un acontecimiento que bien podría tener consecuencias en gran escala. EEUU está por otro motivo inquieto, ante la perspectiva de una Europa conducida por Alemania y Japón tomando la delantera en la explotación de este nuevo Tercer Mundo.

Una segunda consecuencia del colapso soviético es que EEUU está ahora más libre que nunca para emplear la fuerza al haber desaparecido el elemento disuasor soviético. En cualquier confrontación cada adversario trata de jugar sus cartas más fuertes, de desviar el conflicto hacia un escenario donde le sea posible prevalecer. Por tales razones, EEUU siempre ha considerado la diplomacia y la ley internacional como un obstáculo molesto, hecho familiar para aquellos que siguen los asuntos del sudeste asiático, América Central y el Oriente Medio, entre otros. Con la actual configuración de las debilidades y fortalezas norteamericanas, la tentación de trasladar rápidamente los problemas hacia un escenario de enfrentamiento forzado es posible que sea poderosa. Además, EEUU trata de mantener su cuasi-monopolio de la fuerza, sin ningún adversario probable en ese campo. Otra consecuencia será la agudización de las dificultades económicas nacionales, además de la renovada tentación de «hacerlo solo» confiando en la amenaza de la fuerza y no en la diplomacia.

El conflicto del Golfo ha puesto estos problemas en la palestra. Aparte de Inglaterra, que tiene sus propios intereses en Kuwait, las grandes potencias industriales demostraron poco interés en el enfrentamiento militar. La reacción de Washington fue ambivalente. La guerra es peligrosa, pero desactivar la crisis sin una demostración de la eficacia de la fuerza es también un resultado poco deseado. En cuanto a los costos, sencillamente sería ventajoso que éstos sean compartidos pero no al precio de sacrificar el papel de ejecutor único. Estas conflictivas preocupaciones con-

dujeron a una aguda división de la élite sobre la elección táctica entre los preparativos para la guerra o confiar en las naciones, con el gobierno aferrado a lo primero.

En el «nuevo orden mundial» los dominios del Tercer Mundo deben todavía ser controlados, a veces, por medio de la fuerza. Esta tarea ha sido responsabilidad de EEUU, pero, con su relativa declinación económica, la carga se hace más pesada de sobrellevar. Una de las reacciones es que EEUU debe persistir en su tarea histórica y que otros paguen las cuentas. Al declarar ante el Congreso el subsecretario de Estado Lawrence Eagleburger, explicó que el emergente nuevo orden mundial descansará en «una suerte de nueva invención en la práctica diplomática»: otros pagarán los costos de la intervención norteamericana en el mantenimiento del orden. En el Financial Times, David Hale, prestigioso comentarista sobre asuntos económicos internacionales, describió la crisis del Golfo como un «evento de mar de fondo en las relaciones internacionales de EEUU», que será visto por la historia cómo los militares norteamericanos se han convertido en un bien público financiado internacionalmente, una fuerza policial financiada internacionalmente. Al tiempo que algunos norteamericanos cuestionarán la ética de los militares estadounidenses al asumir un rol más explícitamente mercenario del que han jugado en el pasado agrega que «para la década del 90 no existe una alternativa realista». El supuesto tácito es que el bien público debe ser identificado con el bienestar de las potencias industriales occidentales y particularmente de sus élites nacionales.

El editor financiero de un importante periódico conservador norteamericano, William Neikirk del Chicago Tribune, señala el punto con menos delicadeza: debemos explotar nuestro «virtual monopolio en el mercado de la seguridad... como una palanca para obtener fondos y concesiones económicas de Alemania y Japón. EEUU se ha alzado con el mercado de la seguridad de Occidente» y a otros les falta la voluntad política... para retar a EEUU en este mercado. Por lo tanto seremos los «policías de alquiler del mundo» y «seremos capaces de cobrar bien» por el servicio, la expresión «matones de alquiler» sería menos halagüeña pero sí mucho más apropiada. Algunos nos llamarán hessianos** , continúa Neikirk, pero sería una frase terriblemente despectiva para unos militares orgullosos, bien entrenados, bien financiados y muy respetados y digan lo que digan «deberíamos ser capaces de golpear con nuestros puños unos cuantos escritorios» en Japón y en Europa y «sacar un buen precio por nuestros valiosos servicios» exigiendo a nuestros rivales que «compren nuestros bonos a tasas rebajadas o sostengan el dólar, o mejor aún, que paguen al contado directamente en nuestra Tesorería». Nosotros podríamos cambiar este rol de ejecutor, termina diciendo, «pero con el cambio perderíamos gran parte de nuestro control sobre el sistema económico mundial».

Esta concepción, raramente expuesta de manera tan franca, es ampliamente compartida y captura un elemento esencial de la reacción de Washington en la crisis del Golfo. Esto implica que EEUU debe continuar asumiendo la siniestra tarea de imponer el orden y la estabilidad (el respeto debido a los amos) con la condescendencia y el apoyo de las otras potencias industriales además de las riquezas canalizadas hacia EEUU por la vía de las dependientes monarquías productoras de petróleo.

Ha habido muchos y curiosos comentarios acerca del sorprendente cambio de fondo en las Naciones Unidas: ahora por fin, con el término de la guerra fría, la ONU es capaz de asumir su papel de custodio de la paz ya no más obstruido por el veto soviético o por el griterío del Tercer Mundo.

Los hechos - escrupulosamente ignorados en los cientos de artículos sobre este tema - brindan un mensaje diferente y sin ambigüedades. Durante los primeros años, la Unión Soviética regularmente bloqueó la acción de la ONU siendo esta organización un instrumento de la política exterior norteamericana. Pero, en la medida en que el mundo se recuperaba de la guerra y los miembros de la ONU aumentaban a través de la descolonización, el cuadro cambió radicalmente. Durante los últimos veinte años EEUU estuvo lejos en el número de vetos en el Consejo de Seguridad como también en votos negativos en la Asamblea General a menudo solo o con algún Estado cliente sobre cada problema importante, como ser agresiones, anexiones, ley internacional, terrorismo, desarme y otros. Gran Bretaña le sigue en segundo lugar, Francia lejos en el tercer lugar y la URSS en el cuarto con la séptima parte del número de vetos norteamericanos.

Con el retiro de la Unión Soviética de los asuntos mundiales, no existe razón para suponer lo anterior. EEUU y su cliente Inglaterra súbitamente terminarán su campaña contra la ley y la diplomacia internacionales y la seguridad colectiva - la cual no tenía nada que ver con la guerra fría, como lo demostrará un vistazo a los casos reales -. Además, la retórica «antioccidental» tercermundista, comúnmente objeto de risa, a menudo resulta ser un llamado para acatar la ley internacional, débil barrera contra las depredaciones de los poderosos. En el caso del Golfo, la ONU puede actuar porque esta vez no está siendo bloqueada por EEUU y sus aliados, como en muchos casos, algunos mucho peores que el actual, como ser la casi genocida invasión indonesia y anexión de Timor para citar sólo una atrocidad todavía en marcha y como siempre con el decisivo apoyo de EEUU y Gran Bretaña.

En el período de posguerra fría, el patrón se mantiene sin cambios. Entre noviembre de 1989 y enero de 1991 se vetaron cuatro resoluciones del Consejo de Seguridad, dos condenando los abusos israelíes contra los derechos humanos y dos condenando la invasión norteamericana de Panamá. Todos fueron vetados por EEUU, en un caso en compañía de Gran Bretaña y Francia y en otro con la abstención de Gran Bretaña. La Asamblea General votó dos resoluciones llamando a acatar la ley internacional, una condenando el apoyo norteamericano a sus fuerzas terroristas atacando Nicaragua y la otra por su embargo ilegal. EEUU e Israel quedaron solos en la oposición. Una resolución opuesta a la adquisición por la fuerza de territorios pasó de 151 a 3 (EEUU, Israel y Dominica), otra afirmación de la solución diplomática y pacífica del conflicto árabe-israelí que EEUU ha bloqueado durante veinte años. Aquí nada tiene que ver con la guerra fría, ni con el veto ruso o los psicóticos del Tercer Mundo. Los cuentos acerca de la ONU se han desplazado a veces desde lo meramente equivocado hasta lo francamente engañoso, citando el total acumulado de vetos desde 1940 pero con los datos cruciales de fecha y circunstancias omitidos de tal modo de prestar credibilidad a las tesis requeridas por el sistema propagandístico.

De acuerdo con el criterio pragmático, el uso del terror y la fuerza es sólo como último recurso. Es preferible - si es posible - el FMI que la CIA o los marines, pero esto no siempre es posible. Algunas de las nuevas fórmulas pueden encontrarse en la Ronda Uruguay del GATT durante las negociaciones por un nuevo orden económico mundial, actualmente en desorden debido a conflictos entre los ricos, pero que seguro será revivido de una u otra manera. Las potencias occidentales claman por la «liberalización» cuando se trata de sus intereses y por una mayor protección de sus actores económicos nacionales cuando aquello les favorece. La mayor preocupación de EEUU en las negociaciones del GATT no resulta tanto la política agrícola sino los «nuevos temas» como se les llama: garantías para los derechos de propiedad intelectual, retiro de las limitaciones para servicios e inversiones, etc.; una mezcla de liberalización y proteccionismo determinada según los intereses de los poderosos. El efecto de estas medidas sería restringir a los gobiernos tercermundistas a la función de policías para controlar a sus clases trabajadoras y población periférica al tiempo que las corporaciones transnacionales logran libre acceso a sus recursos y monopolizan las nuevas tecnologías y la inversión y producción globales. Además a las corporaciones se les acuerdan funciones de planificación central, asignación de recursos, producción y distribución que les son negadas a los gobiernos que sufren del defecto de que podrían caer bajo la destructiva influencia de la chusma. Estos hechos no han pasado inadvertidos para los comentaristas del Ter-

cer Mundo, quienes han protestado elocuente y duramente, pero sus voces son una vez más desoídas de acuerdo con nuestros valores tradicionales.

También podríamos tomar nota del amplio aunque tácito entendido que el modelo capitalista tiene una aplicación limitada. Líderes empresariales hace tiempo han reconocido que éste no es para ellos. Las sociedades industriales exitosas se separan ostensiblemente de este modelo, tal como en el pasado - una de las razones de su éxito -. EEUU se convirtió en el granero del mundo y en la mayor potencia industrial - en vez de proseguir con la producción de cueros, con sus ventajas comparativas - debido a los subsidios estatales, las inversiones y el proteccionismo el cual, incidentalmente, aumentó en forma aguda bajo el conservantismo reaganiano. Los sectores de la economía que siguen siendo competitivos son aquellos que se alimentan del plato público: la industria de alta tecnología y la agricultura de capital intensivo junto con los productos farmacéuticos y otros. La separación es todavía más radical en otros sistemas de capitalismo de Estado, donde la planificación es coordinada por las instituciones estatales y los conglomerados financiero-industriales, a veces con procesos democráticos y contratos sociales de variados tipos, pero otras veces no. El Japón y su periferia son un caso conocido junto con Alemania donde, para mencionar sólo una característica, el FMI calcula que los incentivos industriales alcanzan una tarifa de 30 por ciento. Algunos estudios comparativos entre América Latina y Asia oriental atribuyen en gran parte las disparidades que se desarrollaron en la década de los 80 a los efectos perniciosos de una mayor apertura en América Latina a los mercados de capital internacional, lo cual permitió una enorme fuga de capital, no como en las economías del Oriente asiático, con controles más rígidos por parte del gobierno y los bancos centrales - y el milagro de mercado libre de Corea del Sur con pena de muerte incluida -.

Las glorias de la libre empresa brindan una útil herramienta contra las políticas de gobierno que pudieran beneficiar a la población en general y, por supuesto, que el capitalismo lo hará muy bien en las ex-colonias y el imperio soviético. Para aquellos que habrán de «cumplir sus funciones» al servicio de los amos del orden mundial, el modelo es altamente recomendable pues facilita su explotación. Pero los ricos y los poderosos en la metrópoli hace tiempo que perciben la necesidad de protegerse de las fuerzas destructoras del capitalismo de libre mercado, lo cual podría brindar temas apropiados para una encendida oratoria pero sólo si los aportes públicos y el aparato regulatorio y proteccionista están asegurados y el poder estatal está listo para cuando se le necesite.

Los costos del emergente orden mundial se harán obvios para cualquiera que examine las inmensas catástrofes del capitalismo en tiempos pasados, particularmente durante la década pasada, dramáticamente evidente en el deterioro de las ciudades del interior del país más rico del mundo y a través de vastas regiones que han cumplido ellas solas su función de servicio - aunque algunos sectores vinculados a los ricos que gobiernan el mundo se aprovechan muy bien -. Pero los ricos y privilegiados no escapan ilesos. El ambiente físico para sostener la existencia humana está gravemente amenazado, ya que la política está dirigida por la codicia y el armamento de destrucción en masa prolifera en gran medida debido a los intereses de las grandes potencias. Existen también crecientes conflictos entre los tres grandes bloques: Europa con Alemania a la cabeza; Japón y su periferia; y EEUU y el bloque comercial y de recursos que busca consolidar en el hemisferio occidental y el Medio Oriente. En épocas anteriores, semejantes conflictos desembocaron en guerras mundiales. Esto no ocurrirá en el caso actual por dos grandes razones: la interpenetración del capital es muchísimo mayor de manera que el poder estatal tiene intereses más amplios y complejos que en períodos anteriores y el armamento moderno es tan pavoroso que sólo pueden contemplarse las guerras contra adversarios más débiles.

Podemos hacer estas predicciones con absoluta confianza, si están erradas no habrá nadie para refutarlas. Factores como estos modelarán los nuevos métodos para continuar la guerra contra el Tercer Mundo, ahora bajo un aspecto diferente y con un conjunto más variado de actores en competencia. Las fuerzas populares en EEUU y Europa han puesto ciertas barreras en la vía del terrorismo de Estado y han ofrecido alguna ayuda para aquellos señalados por la represión, pero, a menos que estos crezcan considerablemente en escala y compromiso, el futuro de las tradicionales víctimas se ve siniestro.

Siniestro pero no sin esperanza. Con asombroso coraje y persistencia el pueblo oprimido continúa luchando por sus derechos. Y en el mundo industrializado, con el bolchevismo en desintegración y el capitalismo hace tiempo abandonado, existen perspectivas para la resurrección de los ideales socialistas libertarios y democrático-radicales que habían languidecido, incluyendo el control popular de los lugares de trabajo y las decisiones sobre las inversiones; además correspondientemente, el establecimiento de una democracia política más significativa en la medida en que se reduzcan las limitaciones impuestas por el poder privado. Estas y otras posibilidades emergentes son todavía remotas pero no más que las posibilidades para la democracia parlamentaria y los derechos elementales de la ciudadanía.

nía hace 250 años. Nadie sabe lo suficiente como para predecir lo que el ser humano puede alcanzar.

Estamos enfrentados a una especie de promesa de Pascal: suponer lo peor que de seguro llegará; comprometerse en la lucha por la libertad y la justicia que su causa podría avanzar.

Traducción: Sergio Anacona

*El presente ensayo ha sido publicado en *Review of African Political Economy*, N° 50.

**Hessianos: de Hesse, Alemania. Mercenarios que lucharon a favor de Inglaterra durante la guerra de la independencia norteamericana (NT).